

IVÁN ARANDA MAQUEDA

Todo perdió el control



éride ediciones

capítulo primero

un hombre que no apareció en los libros de historia

Nunca había hecho esto de sentarme y escribir. Uno siente como si tuviera que tener cuidado con lo que pone, ¡porque va a ser leído! ¡JA!

No sé tú, pero yo no he leído mucho y no conozco a mucha gente que lea mucho. Lo considero una auténtica pérdida de tiempo. Entonces escribir es matar tu tiempo para que otros maten el suyo. Pero aquí estoy, sin embargo, dándole al teclado. Será que no tengo mucho mejor que hacer y sobre todo que no tengo cocaína. O será tal vez que he decidido escuchar a mi psiquiatra por una vez y hacerle caso. Ella fue la que me dijo que debería escribir un libro sobre todo lo que me ha pasado y me ha llevado hasta esta situación. No tuvo en cuenta el hecho de que no sé escribir. De todas formas, para ella es fácil, no tiene que hacer nada. Como la mayoría de psiquiatras, me analizó en unos minutos, extrajo conclusiones precipitadas y prejuicios y comenzó a hacer preguntas de las cuales creía saber la respuesta. Y a esperar a que acabe la sesión sin que decida agarrarla de los pelos y tirarla por la ventana. Aunque tiene algo que la salva: dos buenas piernas.

Sé muy bien cuando empezó todo. Bueno, en realidad no tan bien, pero como es mi libro empezaré por donde me dé la gana.

La noche de aquel día había traído a Marta a dormir a mi apartamento. Tuvimos una conversación bastante intrascendente, las cosas parecían marchar bien entre nosotros. Ella era mucho más joven que yo y por lo visto le atraían los cuarentones amargados en plena crisis existencial. La conocí porque era la nueva secretaria de un viejo cliente con el que tenía varios negocios entre manos. Me dedicaba al aluminio, a la venta de perfiles de aluminio. Por aquel entonces era el gerente de una delegación en Jaén. No es tan aburrido y desquiciante como suena, es peor. Llevaba trabajando para la empresa casi veinte años, empecé trabajando de mozo de almacén y poco a poco... bueno, supongo que esto no debe interesar una mierda y además no es trascendente en la historia. Solo que conocí a una chica en el trabajo, llevaba un tiempo saliendo con ella y esa noche la llevé a dormir a mi casa. La recogí después del trabajo. Encargamos unas pizzas para cenar, vimos una película bastante mala y luego hicimos el amor en la cama. Esa noche no bajé al pilón y me corrí bastante pronto. No digo que ese fuese el motivo de la discusión, pero si hubiera hecho mejor las cosas tal vez no se habría producido. Porque de ese modo su insatisfacción conmigo no habría sido tan rotunda. Cuando acabamos... cuando acabé, me levanté de la cama, me serví una copa y volví a meterme en la cama.

—¿En serio vas a beber ahora?

—¿Algún problema?

—Sí, alcoholismo.

—No me apetece, gracias.

Ella se incorporó para hablar con más fuerza.

—¿No te apetece el qué? ¿No habrá sido un intento de chiste? Porque no tienes ni puta gracia.

—Y yo que pensaba que te habías enamorado de mí por mi sentido del humor.

—No me he enamorado de ti.

Bebí un largo trago de whisky. Encendí un cigarrillo y tras unas caladas en silencio la miré a los ojos. Aún recuerdo con nitidez la intensidad que desprendían esos ojos verdes... ¿o azules? No, no, eran verdes. Bueno no lo sé, ojos claros. Ojos claros que desprendían intensidad, la clase de intensidad que tiene una persona capaz de ver las cosas que no funcionan bien en el mundo y en lugar de resignarse, pelear para cambiarlo. Ella solo era la administrativa de una empresa que fabricaba ventanas, pero hacía lo que podía. Creo que incluso reciclaba.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome sin decir nada?

—Ese era el plan— sonreí intentando poner cara de buen chico que, por el contrario, acabó resultando cara de estúpido.

Se levantó y comenzó a vestirse.

—¿Qué haces?

—¿Eres estúpido?

—¿Es que te vas?

—Sí.

Siguió vistiéndose dándome la espalda y yo no sabía qué hacer o decir para evitarlo. Es muy triste lo que sucede en las relaciones, puedes sentir como te vas deteriorando junto a ellas y como se enfrían como el cadáver de un viejo en una cama de hospital. Yo estaba cansado, no tenía fuerzas, había pasado ya demasiado como para seguir dándole importancia al amor.

Y ya me sabía lo que venía a continuación. Simplemente no tenía ganas de prolongarlo.

—Supongo que esto es el fin.

Cuando dije eso ella se encendió, se dio media vuelta, ya vestida, y explotó. Me dijo todo lo que tenía que decir, lo que no tenía que decir y lo que le dijo su madre sobre mí. Se fue dando un portazo y yo me hice una paja. Poco después me quedé dormido.

Esa noche me despertó el teléfono fijo.

—¿Quién es?

—Hugo, soy yo.

—¿Qué haces llamando a estas horas? Espero que haya muerto alguien.

—Tu padre.

—...

—Le dio un ictus mientras dormía. Vino la ambulancia, pero los médicos no pudieron hacer nada por él. ¿Vendrás al entierro?

—¡Claro, claro que iré al entierro! ¿Qué pregunta es esa?

—No sé, como llevas tantos años liado en el trabajo sin poder venir a vernos pensé que quizá no podrías venir a esto tampoco.

—Sí que iré.

—Será mañana por la tarde. Ven a comer si quieres y pasas un tiempo con tus hermanos que hace mucho que no los ves.

—Vale.

—Hasta mañana.

Colgué el teléfono. Mi habitación se dobló como un plano aberrante y me levanté para servirme un trago, a lo mejor me creía un personaje de película que acude a la botella cuando tiene problemas. De todas formas, yo pienso que hay varias maneras de reaccionar ante la muerte: puedes tomártelo como un proceso natural por el que todo el mundo debe pasar y llevarlo de un modo zen, puedes sufrir un gran duelo y pasar un tiempo jodido porque a fin de cuentas no vas a volver a ver a un ser querido, o puedes pulirte las reservas de alcohol y cocaína. Yo opté por la tercera. Me serví un trago, encendí un cigarrillo e introduje en el equipo de música un disco que me regaló mi padre cuando yo era un muchacho: *Exile on main street*, de los Rolling. A mi padre no le gustaba esa música, pero sabía que a mí sí y por mi cumpleaños me lo regaló. No es que no le gustara esa música, es que no le gustaba la música. No le gustaba casi nada en realidad. Recuerdo una vez, unas navidades, hacía un frío que pelaba y estábamos en la casa del campo, en la montaña, él pensó que sería una buena idea enseñarnos a cazar a mí y a mi hermano, mi hermana era la mayor y la niña de sus ojos así que cuando gimoteó ante la idea se salvó. Nos cogió a mí y a mi hermano que teníamos diez y ocho años respectivamente, nos metió en la ranchera y nos llevó al bosque de la sierra a cazar. Nos escondimos tras una roca y estuvimos agazapados esperando a que apareciera algún ser vivo que se moviera para poder dispararle. Pero estábamos como a unos diez grados bajo cero en un cerro cercano al pueblo por donde no pasaba absolutamente nada, incluso se dudaba de su existencia. Mi hermano y yo aguantamos

un par de horas, emocionados por ver a nuestro padre con un rifle en las manos. Pero una vez transcurridas empezamos a perder la paciencia y cuando le suplicamos que nos llevase a casa se levantó y dijo con majestuosa solemnidad: «A veces en la vida un hombre tiene que tomar una decisión, una decisión que marcará su camino, la de escoger la salida fácil y abandonar cuando las cosas se tuercen o la de mantenerse firme y pelear hasta conseguir lo que quiere. Y os aseguro que en los libros de historia no aparecen los que abandonan.»

Aguantamos hasta que se puso el sol sin que apareciera ningún animal. Mi hermano acabó ingresado en el hospital con una pulmonía que estuvo a punto de matarlo. Y yo no volví a tener un momento así con mi padre.